

EL CRIMEN DE LAS FLORES

Marbella, 6 de julio de 1937

Al principio pensó que el sentimiento que la invadía era el de la vergüenza, pero, tras apenas media hora sentada en el aquel duro banco, ya sabía, con certeza, que lo que la dominaba plenamente era el miedo. Y todos parecían notarlo.

A pesar del calor de julio, estaba helada. La falda larga que había elegido no ayudaba y la camisa de seda beige con la combinación hacían que notara el camino que recorría cada fría gota de sudor que lentamente le caía por la espalda. Deseaba rascarse, cambiar de posición, pero no se atrevía a moverse, apenas a levantar la vista de vez en cuando para ver lo que ocurría a su alrededor.

La inquietaba el pasillo que había a su izquierda. No quería mirar en esa dirección. Una penumbra extraña se proyectaba sobre sus paredes y dejaba en sombras la escalera que se intuía al final. Un lento y seco tac-tac-tac, mecido por el viento, indicaba alguna ventana abierta golpeando contra el quicio.

No sabía qué hacía allí, no sabía por qué estaban allí. Los dos guardias municipales que habían ido a buscarlos aquella mañana y los tres guardias civiles que estaban en el puesto no paraban de fumar y reírse, de hacer bromas obscenas y mirarla de reojo entre el humo. No quería prestar ninguna atención, no quería saber de lo que hablaban... y ese tac-tac-tac que no cesaba.

La puerta del despacho interior estaba entreabierta. No podía verlo, pero a través de ella podía oír la voz de su marido, con una calma absolutamente impostada, llena de tensión, hablando con el jefe de la Guardia Municipal. Su marido era Manuel Arteaga, el notario de Marbella, y ella no tenía ninguna duda de que ambos hombres se detestaban desde cierto problema que tuvieron con una escritura y las lindes de unos terrenos. Al que sí podía ver, mirándolos con sorna tras su escritorio, era a aquel capitán bajito de la Guardia Civil que parecía disfrutar de la escena. Había hablado con él varias veces y le pareció un hombre sin modales ni educación. Según decían, era todo un héroe de guerra, pero muchos otros marbelleros no se atrevían ni a pronunciar su nombre.

Le empezaba a costar respirar. El calor, el humo... todo parecía pegajoso, no quería poner las manos en ninguna parte, por eso se aferraba a su bolso de piel lisa color burdeos como un náufrago se aferra al último madero de un pecio. Los pliegues de las asas eran la única conexión con su vida real; su contenido definía todo lo que ella era, lo que representaba. Aquello tenía que ser un error.

Lo habían pasado muy mal durante la guerra. Ellos eran gente de orden, pero aun así, no se esperaba que, en el calor de la madrugada del veinte de agosto del treinta y seis, los sacaran de su casa, entre insultos y empujones y los dejaran en la calle con lo puesto. Huyeron antes de que aquello empeorara y no retornaron hasta que cayó Málaga. Cuando volvió a abrir la puerta, se le vino el alma a los pies. Los vecinos le dijeron que allí había tenido su sede un comité, que habían instalado un ateneo libertario, que le habían llenado la casa de refugiados y no sé cuántas cosas más. Todo estaba completamente destrozado, habían desvalijado hasta el último plato. Nada quedaba de su ajuar, de sus recuerdos. Nada.

Y ahora esto. Decían las malas lenguas que el jefe de los municipales tenía mucho que callar, que por eso tenía la fe del converso, que participó....

El golpeteo de la ventana cesó de repente en el momento en el que Eugenio Lima, el alcalde o como fuera que ahora le llamaran, entró por la puerta del cuartelillo. Cuando ignoró a los policías y se dirigió directamente hacia ella, el mundo volvió a girar de nuevo. Un saludo cordial, preguntas atentas sobre cómo iban las reformas de la casa y una mirada gélida a los guardias, que se cuadraron; volatilizándolo los cigarros como por ensalmo, hicieron que el aire volviera a llenar sus pulmones.

El alcalde se dirigió a la habitación en la que seguían los tres hombres, que parecieron sorprenderse por su presencia allí, todos menos el guardia civil, que no cambió su expresión socarrona. La puerta se cerró tras él.

No pasaron ni quince minutos cuando Manuel y el alcalde salieron charlando animadamente cogidos del brazo. Todo parecía de una extrema normalidad pero ella conocía a su marido. A pesar de su complexión débil, sabía que tenía un carácter extremadamente enérgico. El tono ceniciento de su piel y el rictus de sus labios eran las únicas muestras de la furia que hervía en su interior.

Ambos hombres se despidieron de forma muy amistosa, como quien vuelve de tomarse un vermut. De pasada, el alcalde mencionó que aquello había sido una tontería, un error que no debía ser tenido en cuenta. Máxime en aquellos momentos en el que todos debían seguir unidos por el bien de la patria.

Caminó del brazo de Manuel, conteniendo apenas el llanto, en un silencio que nacía de la falta de respuestas ante aquella humillación. Recorrieron varias calles sin rumbo aparente, hasta que él se paró y, clavándole una dolorosa mirada, sacó de su bolsillo una arrugada bola de papel. La desplegó con cuidado y le tendió una carta partida en dos.

“JEFATURA DE POLICIA
URBANA
DE
MARBELLA

En cumplimiento de las órdenes
Municipales pongo en conocimiento
V.S., que encontrándose la Sra.
del Notario de esta plaza acom-
pañada del mismo en los jardines
públicos de La Alameda arrancó
una flor.-

Marbella a 5 de julio de 1937

El Jefe de la Guardia Municipal
Fdo. Antonio Roa

SR. ALCALDE PRESIDENTE DE LA COMISIÓN GESTORA DE
ESTA CIUDAD”